

MÁS DE 300.000 EJEMPLARES VENDIDOS.

LA ÚLTIMA REVELACION

LA NUEVA AVENTURA DE ULISES VIDAL



FERNANDO
GAMBOA

Tras su regreso del Amazonas, las cosas no han ido bien para Ulises, Cassie y el profesor Castillo. El relato de lo que han vivido en Ciudad Negra resulta tan extraordinario que son tachados de farsantes y denostados públicamente. Lo que debería haber sido un gran triunfo, se convierte en un dramático revés. Para demostrar que dicen la verdad y recuperar sus vidas, no les quedará más remedio que adentrarse de nuevo en lo desconocido en busca de las pruebas irrefutables que necesitan. En esta ocasión, el rastro de migas de pan los llevará a uno de los lugares más peligrosos, desolados e inhóspitos del planeta... pero eso será solo el principio. El punto de partida de un increíble viaje pleno de acción, suspense e increíbles descubrimientos, arriesgándolo todo para desvelar el mayor misterio de la historia.

Un viaje que llevará a Ulises, Cassie y Eduardo a vivir la aventura más increíble de sus vidas. Una aventura en busca de *La última revelación*.

PARTE I

Diario

1

El túnel estaba sumido en tinieblas.

Parcialmente inundado por un agua oscura y pestilente que me llegaba por las rodillas, parecía no tener fin.

Más allá, todo era oscuridad.

Una oscuridad inescrutable, palpable, pegajosa como petróleo.

Estaba solo, tenía frío.

Y miedo.

Avanzaba sin rumbo por aquel subterráneo de húmedas paredes de piedra, poco más ancho que mis propios hombros, enarbolando una antorcha que apenas alumbraba más allá de mi brazo extendido.

El silencio en el claustrofóbico pasadizo era tan tajante que el sonido de mi respiración entrecortada rebotaba en los muros como un eco y cada paso a través del agua ne-gruzca y maloliente sonaba como un estrepitoso chapoteo que pudiera oírse a kilómetros de distancia.

El corazón me latía a puñetazos.

Tenía la boca seca.

Sudaba.

Un escalofrío me recorrió la columna hasta la base de la nuca.

Una sensación más allá de los sentidos me había hecho detenerme en seco, aguantando la respiración y aguzando el oído.

Aguardé unos segundos, totalmente quieto, expectante. Pero solo estaba aquel silencio quebradizo, afilado,

tenso como la cuerda de un violín a punto de romperse.

Un silencio profundo y antinatural.

Un silencio amenazador.

Un silencio maligno.

Un ahogado bisbiseo apenas audible sonó a mi espalda.

Bruscamente volví la cabeza hacia atrás, pero el pasadizo era tan estrecho que no tenía espacio para hacer lo mismo con la antorcha, que sujetaba con mi mano izquierda.

Escruté la oscuridad por encima del hombro, pero allí no había nada.

El extraño ruido había sido como un cuchicheo lejano, en el límite de la percepción. Al segundo de haberlo escuchado dudé si había sido cierto.

Con la respiración contenida me mantuve inmóvil, esperando ver u oír algo más, cualquier cosa que confirmara que no lo había imaginado.

Pero nada sucedió.

El pasadizo que quedaba a mi espalda permanecía tan mudo y lóbrego como el que se extendía ante mí. Unas galerías muertas y abandonadas, por las que era el primer hombre que se aventuraba en varios miles de años.

Y, sin embargo, no estaba solo.

Allí abajo había algo más.

Algo indefinible. Una presencia maligna que parecía abarcarlo todo, estando en todas partes, pero, aun así, inaprensible.

Aguanté unos segundos más en aquella postura, vuelta la mirada hacia atrás sin atreverme a respirar. El corazón martilleándome los oídos y gotas de sudor resbalando por mis sienes.

Seguía sin ver u oír absolutamente nada.

Respiré profundamente, exhalando el aire tanto rato contenido, paseé la lengua de trapo sobre los labios resecos y volví a ponerme en marcha.

Ahora caminaba más deprisa, casi con urgencia.

De una manera atávica e irracional, estaba seguro de que había *algo* allí abajo, siguiendo mis pasos con sigilo.

A cada paso que daba, el miedo se extendía en mi interior como una mancha de aceite y tuve la certeza de que no iba a lograr salir de aquel pasadizo, de que algo se aproximaba a mí rápidamente, algo perverso e indefinible.

Empecé a correr, abriéndome paso arduamente en aquella agua que parecía engrudo, empeñada en detenerme.

De nuevo el rumor a mi espalda, como de ratas secre-teando. Pero más cerca.

Esta vez no me detuve cuando volví la vista atrás, ojeando por encima del hombro, sabiendo que nada iba a ver excepto aquella negrura sin fondo.

De forma inconsciente apreté aún más el paso, luchando por apartar de mi mente la terrible convicción de que algo se aproximaba. Un ser inimaginable decidido a cazarme, a convertirme en víctima de algún acto espantoso, infinitamente peor que la muerte.

Por tercera vez se repitió aquel ruido, pero en esta ocasión acompañado de un áspero rasgueo, como si aquello que se aproximaba arañara la piedra con sus garras.

El miedo me atenazaba de tal manera que no logré reunir el valor necesario para girarme de nuevo y enfrentarme al vacío que tenía detrás. Era un terror tan profundo e irracional, que temí perder el control de mis extremidades y quedar paralizado a merced de aquella cosa que me perseguía.

Blandía la antorcha frente a mí mientras corría, como una varita mágica con la que espantar a los fantasmas. Pero seguía sin saber hacia dónde iba, ni ver más allá de un par de metros a través de aquellas sombras que parecían tragarse la luz.

Entonces, una vaharada pestilente asaltó mis fosas nasales y el inconfundible resoplido de un ser de gran tamaño resonó a muy poca distancia de mi espalda.

Comprendiendo que no había huida posible, me detuve y giré bruscamente sobre mí mismo, proyectando la antorcha como un estoque y gritando ¡No! con toda la fuerza de mi desesperación.

Pero, de nuevo, allí no había nada.

Jadeando, con la antorcha balanceándose en mi mano temblorosa, me mantuve casi un minuto esperando a que algún monstruo surgiera de entre las sombras. Estaba decidido a mirar a los ojos a aquel ser antes de que acabara conmigo, a que no me sorprendiera por la espalda.

Pero el demonio no apareció. Estaba solo.

Me pasé la mano por la cara, enjugando el sudor provocado por el esfuerzo y el miedo. La respiración agitada, el pulso enloquecido, la angustia envolviendo cada pensamiento.

¿Me estaría volviendo loco? ¿Alucinando? Estaba absolutamente seguro de lo que había oído, pero lo cierto es que frente a mí no había nada ni nadie. Ni un hombre, ni un monstruo, ni un demonio. Nada.

Decidí aguardar el tiempo que fuera necesario para recobrar la calma y la cordura. Inspiré profundamente, espiré y, esbozando una sonrisa burlona dedicada a mí mismo y mis miedos irreales, me di la vuelta para proseguir mi camino.

Y allí estaba.

Aquel ser alzándose frente a mí a solo un par de metros de distancia, como una gigantesca sombra que ocupaba casi todo el espacio del túnel. Reflejando en su grisienta piel negra la exigua luz de la antorcha que apenas ayudaba a distinguir un torso poderoso, unos interminables brazos rematados en garras afiladas, unos hombros anchos y fuertes, y sobre estos, una cabeza remotamente humana pero alargada hasta el extremo en cuya faz brillaba

ban dos ojos feroces inyectados en sangre que me miraban con un odio que no era de este mundo.

Incapaz de mover un músculo, me quedé mirando fijamente aquel engendro surgido del mismísimo infierno.

Sabía que iba a morir en ese instante. Que no había escapatoria posible.

Y para confirmar mi presagio, aquel ser abrió una espantosa boca cuajada de grandes y afilados colmillos, dispuesto a lanzarme una dentellada.

Preso de una súbita e inesperada calma en ese breve segundo previo a mi muerte, dediqué mi último pensamiento a invocar el rostro de Cassie, de mi madre, del profesor Castillo y de todas aquellas personas a las que amaba y ya no volvería a ver.

Entonces el ser echó la cabeza hacia atrás, flexionó sus músculos y con un salto prodigioso se abalanzó sobre mí con un rugido.

Grité con todas mis fuerzas.

El monstruo abrió la boca.

–Señor Vidal.

¿Aquella criatura me estaba hablando de usted?

–Ulises –alzó la voz, ahora tuteándome–. Ya basta.

El monstruo no solo conocía mi nombre, sino que, además, exhibía un desconcertante acento porteño.

–¡Ulises! –prorrumpió.

Abrí los ojos de golpe.

Ya no estaba en un oscuro túnel, sino en una habitación en penumbra de techo alto y blanco, con un rosetón del que colgaba una lámpara *vintage* apagada.

Parpadeé un par de veces y bajé la mirada para encontrarme con paredes cubiertas de estanterías con libros, diplomas y fotos de desconocidos.

¿Qué era lo real? ¿Lo de antes o lo de ahora?

Mi cerebro tardó varios segundos en aclararse.

A mi izquierda, una lluvia otoñal repiqueteaba contra los cristales de la ventana, y su plomiza luz de media tarde

apenas iluminaba a un hombre que me miraba con gesto preocupado.

—¿Está usted bien? —preguntó el doctor Martínez: psiquiatra de profesión y argentino de vocación. O quizá era al revés.

Era un tipo joven, demasiado tal vez, pero con su mirada franca de ojos almendrados y su voz narcótica había sido el primero con el que había logrado alguna mejoría. Pequeña e irregular, cierto, pero ya no me levantaba todas las noches cubierto de sudor y lanzando alaridos. Ahora solo lo hacía de vez en cuando.

Aquella era ya la tercera sesión con él. En la penumbra de su despacho, estirado sobre aquel diván con olor a cuero caro, regresaba una y otra vez a los túneles de Ciudad Negra para enfrentarme con mis monstruos de cabecera. El día que lograra derrotarlos en mi memoria, según aseguraba el terapeuta, los derrotaría también en mis sueños y dejarían de provocarme los terrores nocturnos que me acosaban desde que regresamos del Amazonas.

Me pasé la mano por la frente. Estaba húmeda.

Aquello se había ido de madre otra vez.

—¿Quiere un vaso de agua? —preguntó, señalando la jarra que descansaba sobre su escritorio.

—No, gracias —contesté, dándome cuenta al hablar de que tenía la boca seca—. Bueno, mejor sí. Porque cerveza fría imagino que no tiene, ¿no?

Una leve sonrisa se curvó en los labios del psiquiatra.

—Es buena señal que tenga ganas de bromear —señaló—. Lo está haciendo muy bien, Ulises.

—¿Bien? —repetí, llevándome la mano al corazón—. Joder, aún tengo palpitaciones.

—El primer día de regresión, por si no lo recuerda, se pasó diez minutos sin habla y con la mirada perdida. Que esté charlando conmigo ahora es una notable mejoría, créame.

—Si usted lo dice.

–Lo digo –confirmó–. Tenemos que seguir incidiendo hasta arrancar el problema de raíz, como una mala hierba, para que no pueda volver a brotar. Le espero de nuevo la semana que viene.

–Ya, bueno... No estoy seguro de si podré la semana que viene.

–De acuerdo –asintió, sacando el iPhone de su bolsillo–. ¿Le anoto en la agenda para dentro de dos semanas?

–Eh... mejor yo le aviso, ¿le parece bien?

El doctor pareció a punto de mencionar lo importante que era la constancia en el tratamiento, como hacía tras cada sesión, pero esta vez solo asintió y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

El problema es que no me podía permitir los cien euros por hora que me costaba la terapia. Llevábamos varios meses apenas tirando para comer y pagar facturas, y, aunque Cassie me insistía en lo prioritario de mi tratamiento, sencillamente se pasaba tres pueblos de nuestro presupuesto. Mi salud mental tendría que esperar.

Para cuando regresé a casa esa misma noche, tras un trabajo de última hora en las aguas sucias y heladas del puerto de Barcelona reparando la hélice de un yate ruso con demasiada prisa por zapar, Cassie ya estaba en la cama con un libro.

Se había hecho una graciosa coleta con su ondulado pelo rubio y, recostada contra la pared, con mi descolorida camiseta de Sabina que le llegaba por las rodillas usada a modo de camisón, me pareció la visión más hermosa que había tenido en todo el día.

Mi devoción hacia ella no había menguado un ápice desde el día en que la vi por primera vez en la cubierta del Midas, mientras surcábamos el Caribe a la búsqueda del tesoro perdido de los Templarios.

Parecían haber pasado mil años desde entonces.

–Hola –saludé.

–Quihubo –sonrió acogedora, y sus ojos verdes me hicieron olvidar los sinsabores del día–. ¿Qué tal te fue en el puerto?

–Maravilloso –dije, sentándome en el borde de la cama y dándole un largo beso–. Peces de colores, aguas cálidas y delfines jugando a mi alrededor.

–¿Tan mal? –torció el gesto, comprendiendo que había sido todo lo contrario–. Podía haber ido a ayudarte.

Negué con la cabeza, ya habíamos hablado de ello otras veces. Aunque Cassie era una experimentada arqueóloga submarina, no tenía la titulación requerida para trabajar conmigo. Lo último que nos hacía falta era que nos multaran o suspendieran mi licencia profesional.

–¿Y la terapia?

–Bien. Cada día un poco mejor –dije sin entrar en detalles ni mencionarle que no iba a volver. No tenía fuerzas para volver a discutir sobre aquello.

Una cálida sonrisa se ensanchó en sus labios.

–Órale. Cuánto me alegro, mi amor –se felicitó, acariciando con la yema de sus dedos mi barba de tres días.

–Sí, es estupendo –dije, apartando la vista para que no me leyera el pensamiento–. Si te parece, voy a darme una ducha caliente para quitarme el frío de encima antes de meterme en la cama.

–Chale –me guiñó un ojo, dándole una palmada a la cubierta de su libro–. Te espero aquí.

La reconfortante ducha se alargó mucho más de lo planeado. Tardé más de media hora en sacarme el frío de los huesos y desembarazarme del olor a aceite de motor y pescado de la piel.

Para cuando regresé del baño Cassie ya estaba dormida, con la mano izquierda apoyada sobre el libro cerrado que descansaba a su lado.

Dudé por un momento si acostarme junto a ella, pero por muy cansado que estuviera no tenía el suficiente sueño como para dormirme y sabía que quedarme dando vueltas en la cama, era lo peor que podía hacer.

Con cuidado de no despertarla aparté el libro, apagué la luz y acerqué mis labios a su frente. Su respiración acompasada delataba que estaba dormida desde hacía rato.

–Te quiero –le dije, besándola suavemente e impregnándome de ese permanente perfume a fruta de su pelo.

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera y comprobé que aún no era medianoche. Con cuidado de no despertarla, tomé el Kindle que tenía en la mesita de noche y me dirigí al salón, dispuesto a pasar un rato leyendo y mirando el canal de teletienda hasta que el esquivo Morfeo se dignara a visitarme.

2

Llevaba casi una hora zapeando entre reposiciones de películas del oeste y astrólogos de madrugada hasta que, hastiado, apagué la televisión y lancé el mando al otro extremo del sofá como un calcetín apestoso.

Incorporándome, me acerqué a la mesa donde había dejado el Kindle con la intención de seguir leyendo, pero mi vista fue a parar al ordenador portátil. Por un instante mi mano se detuvo en el aire, indecisa sobre su destino, hasta que chasqueando la lengua me dispuse a hacer algo que me había prometido evitar.

Me senté en la silla, levanté la tapa y pulsé el botón de encendido.

Mientras el ordenador se ponía en marcha y el logo de Windows aparecía en la pantalla, rememoré el día en que el profesor me llamó por teléfono dos semanas atrás para comunicarme entusiasmado que le habían invitado a participar en un popular programa de televisión. Por lo visto, el relato de nuestra aventura en la selva del Amazonas, en la que habíamos descubierto las ruinas de la Ciudad Negra, había terminado llegando a los oídos de una productora televisiva.

No es que el supuesto hallazgo de una milenaria civilización desconocida resultara interesante para los productores, sino que en su programa del miércoles por la noche habían sufrido la cancelación inesperada de una estrella adolescente de la música pop, así que se vieron en la necesidad urgente de cubrir media hora de entrevista a un

famoso, y posiblemente alguien vio la cara de Eduardo Castillo en alguna de las escasas publicaciones que se habían interesado por nuestra aventura.

Porque, al contrario de lo que suponíamos, al regresar a España y relatar en medios locales lo que nos había sucedido en el Amazonas, casi nadie mostró interés por el asunto. Habíamos salvado la vida por los pelos y huido del lugar con lo puesto, sin prueba física alguna que demostrara nuestro increíble hallazgo, salvo los ajados diarios de un oficial nazi que no podíamos demostrar que fueran auténticos. Esto supuso que las pocas publicaciones científicas y arqueológicas que nos mencionaban lo hicieran para poner en duda lo que contábamos o directamente acusarnos de inventarnos una historia fantástica para llamar la atención.

Ni la larga carrera de Eduardo como profesor de Historia Medieval, ni la acreditada profesionalidad de Cassie como arqueóloga submarina habían servido de nada, más bien al contrario. Si hubiéramos sido unos aficionados contando una extraordinaria historia sobre ciudades perdidas en la selva, mercenarios y monstruos de pesadilla, alguien se habría preguntado qué había de cierto en lo que explicábamos. Pero, paradójicamente, al ser Cassie y el profesor, expertos en sus respectivos campos, toda la clase académica les dio la espalda, tachándoles de charlatanes y de ser una deshonra para la ciencia. De la noche a la mañana, difamados y señalados con el dedo por el mundo universitario y de investigación, las carreras de ambos se fueron al garete.

El profesor Castillo perdió todos sus privilegios como antiguo docente e incluso sus viejas amistades le hicieron el vacío, por temor a que relacionarse con él también les pusiera bajo sospecha de fraude. Pero a Cassie le fue aún peor, ya que le colgaron en la espalda la etiqueta de far-sante como la alarma de un supermercado y ningún pro-

yecto de arqueología submarina quería contratarla; no ya como arqueóloga, sino siquiera como ayudante.

Lo que debía haber sido un descubrimiento que les lanzara a la fama mundial, se había convertido en una maldición que había terminado fulminantemente con la carrera de ambos.

El hecho es que, el profesor, deseoso de divulgar la buena nueva de que la historia de la civilización humana era miles de años más antigua de lo que se creía y defender su mancillada reputación, no dudó en aceptar la invitación del programa de televisión, a pesar de que Cassie y yo le advertimos que aquello podía no ser tan buena idea.

«¡La gente tiene que saber lo que significa nuestro descubrimiento!» –argumentaba con vehemencia–. «¿Qué otra oportunidad tendremos de aparecer en televisión en *prime time* y explicar lo que sucedió en el Amazonas? ¡No puedo decir que no!».

En realidad, sí que podía. Pero, naturalmente, no lo hizo. De modo que ese miércoles a las diez de la noche, sentados frente a la televisión, Cassie y yo lo vimos aparecer en el programa *La Madriguera* con su chaqueta de *tweed*, su pajarita y su aire despistado, en mitad de un escenario iluminado con luces relampagueantes, rodeado de bailarinas y acompañado por un fulano disfrazado de conejo.

En ese instante se terminó de encender el ordenador y con un par de clics me planté en la página de YouTube donde la cadena había subido el video de la entrevista al completo.

Me salté las canciones, los bailes y el concurso de lanzamiento de pollos de goma, y avancé hasta el punto en que el viejo profesor tomaba asiento junto al presentador.

La banda sonora de Indiana Jones sustituyó al estrépito electrónico anterior como música de fondo, las luces se atenuaron y, en un ambiente repentinamente íntimo, el presentador –un tipo bajito y con perilla llamado Paco Bo-